

## PREFACIO DE SAN JERÓNIMO EN EL PENTATEUCO, A DESEO.

He recibido las cartas tan deseadas de mi Deseo, quien, con un cierto presagio de lo que vendrá, ha compartido el nombre con Daniel, suplicando (Dan. IX, 23) que tradujera al latín, desde el hebreo, el Pentateuco para entregarlo a los oídos de los nuestros. Ciertamente es una obra peligrosa, y abierta a los ladridos de mis detractores, quienes afirman que, en detrimento de los Setenta Intérpretes, estoy forjando cosas nuevas en lugar de las antiguas: así juzgan mi ingenio como si fuera vino; aunque yo he testificado muchas veces que ofrezco en el tabernáculo de Dios lo que puedo, sin que las riquezas de otro se vean empañadas por la pobreza de los demás. Lo que me animó a atreverme fue el estudio de Orígenes, quien mezcló la traducción de Teodoción con la edición antigua, distinguiendo toda la obra con asteriscos + y obelos ÷, es decir, estrella y lanza: haciendo brillar lo que antes era menos claro, o eliminando lo superfluo; especialmente lo que la autoridad de los evangelistas y apóstoles ha promulgado: en los cuales leemos muchas cosas del Antiguo Testamento que no se encuentran en nuestros códices; como aquello de: De Egipto llamé a mi hijo (Mat. II, 15); y: Será llamado Nazareno (Ibid., 23); y: Verán al que traspasaron (Juan XIX, 37); y: De su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 38); y: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9); y muchas otras que requieren su propio contexto. Preguntemos entonces a ellos, dónde están escritas estas cosas: y cuando no puedan decirlo, las sacaremos de los libros hebreos. El primer testimonio está en Oseas (Oseas XI, 1), el segundo en Isaías (Isaías XI, 1), el tercero en Zacarías (Zacarías XII, 10), el cuarto en Proverbios (Proverbios XVIII, 4), el quinto también en Isaías (Isaías LXIV, 4). Muchos, ignorándolo, siguen los delirios de los apócrifos; y prefieren las fábulas ibéricas a los libros auténticos. No es mi tarea exponer las causas del error. Los judíos dicen que fue hecho con prudente consejo, para que Ptolomeo, adorador de un solo Dios, no descubriera una doble divinidad también entre los hebreos. Lo hacían principalmente porque parecía caer en el dogma de Platón. Finalmente, dondequiera que la Escritura testifica algo sagrado sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o lo interpretaron de otra manera, o lo omitieron por completo; para satisfacer al rey y no divulgar el misterio de la fe. Y no sé quién fue el primer autor que, con su mentira, construyó setenta celdas en Alejandría, donde divididos escribieran lo mismo, cuando Aristeas, defensor de ese mismo Ptolomeo, y mucho después Josefo, no relataron nada de eso: sino que escriben que, reunidos en una basílica, compararon, no profetizaron. Pues una cosa es ser profeta, otra ser intérprete. Allí el Espíritu predice lo que vendrá: aquí la erudición y la abundancia de palabras traducen lo que se entiende. A menos que se deba pensar que Cicerón tradujo el *Oeconomicus* de Jenofonte, el Protágoras de Platón, y el discurso de Demóstenes por Ctesifonte, inspirado por un espíritu retórico. O que el Espíritu Santo tejió testimonios de los mismos libros de manera diferente a través de los Setenta Intérpretes y de los apóstoles, de modo que lo que aquellos callaron, estos mintieron que estaba escrito. ¿Qué, entonces? ¿Condenamos a los antiguos? De ninguna manera: pero después de los estudios de los primeros, trabajamos en la casa del Señor con lo que podemos. Ellos interpretaron antes de la venida de Cristo, y lo que no sabían, lo expusieron con sentencias dudosas. Nosotros, después de su pasión y resurrección, no escribimos tanto profecía como historia. Pues lo que se escucha se narra de una manera, lo que se ve de otra. Lo que entendemos mejor, lo expresamos mejor. Escucha, pues, envidioso; detractor, escucha: no condeno, no repruebo a los Setenta, pero confiadamente prefiero a los apóstoles sobre todos ellos. A través de la boca de estos me habla Cristo, a quienes leo colocados antes que los profetas entre los carismas espirituales: en los cuales los intérpretes ocupan casi el último lugar (I Cor. XII, 28; Efes. IV, 11). ¿Por qué te retuerces de envidia? ¿Por qué incitas a los ignorantes contra mí? Si en algún lugar de la traducción te parece que me equivoco, pregunta a los hebreos, consulta a los maestros de diversas ciudades. Lo que

ellos tienen sobre Cristo, tus códices no lo tienen. Es otra cosa si después probaron que los testimonios tomados por los apóstoles estaban en su contra, y los ejemplares latinos son más corregidos que los griegos, y los griegos que los hebreos. Pero esto es contra los envidiosos. Ahora te ruego, querido Deseo, que ya que me has hecho asumir una obra tan grande, y comenzar desde el Génesis, me ayudes con tus oraciones: para que pueda traducirlos al latín con el mismo espíritu con el que fueron escritos los libros.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE JOSUÉ BEN NUN.

Finalmente, terminado el Pentateuco de Moisés, como liberados de una gran deuda, nos dirigimos a Jesús hijo de Nave, a quien los hebreos llaman JOSUÉ BEN NUN, es decir, Josué hijo de Nun, y al libro de los Jueces, que llaman SOPHTIM, también a RUT y ESTER, que pronuncian con los mismos nombres. Advertimos al lector que conserve cuidadosamente la selva de nombres hebreos y las divisiones por miembros, para que no se pierda nuestro trabajo y su estudio. Y para que, en primer lugar, como he testificado a menudo, sepa que no estoy forjando cosas nuevas en detrimento de los antiguos, como mis amigos me acusan; sino que ofrezco, en la medida de mis posibilidades, a los hombres de mi lengua (a quienes, sin embargo, les agrada lo nuestro), para que tengan nuestra edición en lugar de los hexaplos griegos, que requieren un gran gasto y esfuerzo. Y si en la lectura de los antiguos volúmenes dudan, al comparar estos, encuentren lo que buscan: especialmente cuando entre los latinos hay tantos ejemplares como códices; y cada uno ha añadido o sustraído lo que le ha parecido: y ciertamente no puede ser verdadero lo que disuena. Por lo tanto, que el escorpión deje de levantarse contra nosotros con su herida arqueada, y que la lengua venenosa deje de criticar la obra santa, ya sea aceptándola, si le agrada, o despreciándola, si le desagrada: y recuerde aquellos versos (Sal. XXXIX, 19 ss.): Tu boca abundó en maldad, y tu lengua tramaba engaños. Sentado hablabas contra tu hermano, y contra el hijo de tu madre ponías escándalo: hiciste estas cosas y callé. Pensaste, iniquo, que sería como tú: te reprenderé, y te pondré contra tu rostro. ¿Cuál es la utilidad para el que escucha o lee, que nosotros sudemos trabajando, y otros trabajen criticando? ¿Que los judíos se duelan porque se les ha quitado la ocasión de calumniar y ridiculizar a los cristianos, y que los hombres de la Iglesia desprecien, e incluso desgarran, aquello que atormenta a los adversarios? Si solo les agrada la antigua interpretación, que a mí tampoco me desagrada, y piensan que no se debe recibir nada más: ¿por qué leen lo que está bajo asteriscos y obelos, ya sea añadido o amputado, y lo descuidan? ¿Por qué la Iglesia ha aceptado a Daniel según la traducción de Teodoción? ¿Por qué admiran a Orígenes y a Eusebio de Cesarea, que discuten todas las ediciones de manera similar? ¿O cuál fue la necedad, después de haber dicho la verdad, de presentar lo que es falso? ¿Cómo podrán probar en el Nuevo Testamento los testimonios tomados, que no se encuentran en los libros antiguos? Decimos esto para que no parezca que guardamos silencio ante los calumniadores. Sin embargo, después del fallecimiento de la santa Paula, cuya vida es un ejemplo de virtud, y estos libros, que no pude negar a Eustoquio, virgen de Cristo, hemos decidido, mientras el espíritu gobierne estos miembros, dedicarnos a la explicación de los Profetas, y retomar la obra abandonada hace tiempo, con cierto regreso: especialmente cuando el admirable y santo varón Pamaquio solicita lo mismo por carta, y nosotros, apresurándonos hacia la patria, debemos pasar con oído sordo los cantos mortales de las Sirenas.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN LOS LIBROS DE SAMUEL Y REYES.

Que hay veintidós letras entre los hebreos, lo atestigua también la lengua de los sirios y caldeos, que es en gran parte afín al hebreo: pues ellos también tienen veintidós elementos con el mismo sonido, pero con caracteres diferentes. Los samaritanos también escriben el

Pentateuco de Moisés con el mismo número de letras, diferenciándose solo en las figuras y los acentos. Y es cierto que Esdras, escriba y doctor de la ley, después de la captura de Jerusalén y la restauración del templo bajo Zorobabel, descubrió otras letras, que ahora usamos: ya que hasta ese momento los caracteres de los samaritanos y hebreos eran los mismos. En el libro de los Números (Cap. III, 39) esta misma cuenta se muestra mística bajo el censo de los levitas y sacerdotes. Y el nombre del Señor, tetragrámaton, en algunos volúmenes griegos, hasta hoy se encuentra expresado con letras antiguas. Pero también los salmos treinta y seis, ciento diez, ciento once, ciento dieciocho y ciento cuarenta y cuatro, aunque se escriben en metro diverso, sin embargo, se tejen con el alfabeto del mismo número. Y las Lamentaciones de Jeremías, y su Oración: también los Proverbios de Salomón al final, desde el lugar donde dice: Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? (Cap. último, v. 10, hasta el final) se cuentan con los mismos alfabetos o divisiones. Además, hay cinco letras dobles entre los hebreos, CAPH, MEM, NUN, PHE, SADE: pues escriben de manera diferente con ellas los principios y las mitades de las palabras, y de otra manera los finales. Por lo tanto, cinco libros son considerados dobles por muchos: Samuel, Reyes, Crónicas, Esdras, Jeremías con sus Lamentaciones. Así como hay veintidós elementos, por los cuales escribimos en hebreo todo lo que hablamos, y con sus inicios se comprende la voz humana: así se cuentan veintidós volúmenes, con los cuales, como con letras y principios, en la doctrina de Dios, se educa la infancia aún tierna y lactante del hombre justo.

El primer libro entre ellos se llama BRESITH (), que nosotros llamamos Génesis. El segundo ELLE SMOTH (), que se llama Éxodo. El tercero VAJECRA (), es decir, Levítico. El cuarto VAJEDABBER (), que llamamos Números. El quinto, ELLEADDABARIM (), que se titula Deuteronomio. Estos son los cinco libros de Moisés, que propiamente llaman THORATH (), es decir, la ley.

Siguen el orden de los Profetas; y comienzan con Jesús hijo de Nave, que entre ellos se llama JOSUE BEN NUN (). Luego añaden SOPHTIM (), es decir, el libro de los Jueces; y en el mismo incluyen a RUT (), porque la historia narrada ocurrió en los días de los jueces. El tercero sigue SAMUEL (), que nosotros llamamos el primero y segundo de los Reyes. El cuarto MALACHIM (), es decir, Reyes, que se contiene en el tercer y cuarto volumen de los Reyes. Y es mucho mejor decir MALACHIM, es decir, Reyes, que MALACHOTH (), es decir, Reinos. Pues no describe los reinos de muchas naciones; sino de un solo pueblo israelita, que se compone de doce tribus. El quinto ISAIAS (). El sexto JEREMIAS (). El séptimo JEZECIEL (). El octavo libro de los doce Profetas, que entre ellos se llama THARE ASRA ().

El tercer orden lo ocupan los Hagiografos; y el primer libro comienza con JOB (). El segundo con DAVID (), que comprenden en cinco divisiones y un solo volumen de Salmos. El tercero es SALAMON, que tiene tres libros: Proverbios, que ellos llaman Parábolas, es decir, MASALOTH (); Eclesiastés, es decir, COELETH (); Cantar de los Cantares, que titulan SIR ASSIRIM (). El sexto es DANIEL (). El séptimo DABRE AJAMIM (), es decir, palabras de los días, que podemos llamar más significativamente Crónica de toda la historia divina. Este libro entre nosotros se titula Paralipómenos, primero y segundo. El octavo EZRAS () [Al. Elesdras], que también entre los griegos y latinos se divide en dos libros. El noveno ESTHER ().

Y así se hacen en total veintidós libros de la ley antigua; es decir, cinco de Moisés: ocho de los Profetas: nueve de los Hagiografos. Aunque algunos escriben RUT () y CINOTH () entre los Hagiografos, y piensan que estos libros deben contarse en su número: y por lo tanto hay veinticuatro libros de la ley antigua: que bajo el número de veinticuatro ancianos el

Apocalipsis de Juan introduce adorando al Cordero, y ofreciendo sus coronas con rostros postrados: estando de pie ante los cuatro animales con ojos por detrás y por delante, es decir, mirando tanto al pasado como al futuro, y clamando con voz incansable, Santo, Santo, Santo, Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir (Apoc. IV, 8).

Este prólogo de las Escrituras, como un principio armado, puede convenir a todos los libros que hemos traducido del hebreo al latín: para que podamos saber que todo lo que está fuera de estos debe ser puesto entre los apócrifos. Por lo tanto, la Sabiduría, que comúnmente se inscribe de Salomón, y el libro de Jesús hijo de Sirac, y Judit, y Tobías, y el Pastor, no están en el Canon. Encontré el primer libro de los Macabeos en hebreo. El segundo es griego: lo cual puede probarse también por su fraseología. Dado que estas cosas son así, te ruego, lector, que no consideres mi trabajo como una crítica a los antiguos. En el tabernáculo de Dios cada uno ofrece lo que puede: unos oro y plata y piedras preciosas: otros ofrecen lino fino y púrpura y escarlata y jacinto (Éxodo XXV): nos irá bien si ofrecemos pieles y pelos de cabra. Y sin embargo, el Apóstol juzga que nuestras partes más despreciables son más necesarias (I Cor. XII, 21). Por lo tanto, toda la belleza del tabernáculo, y la distinción de la Iglesia presente y futura por cada especie, está cubierta con pieles y cilicios, y lo que es más vil protege del ardor del sol y de la injuria de las lluvias. Lee, pues, primero, Samuel y Reyes mío: mío, digo, mío. Pues todo lo que más frecuentemente traduciendo y corrigiendo con más cuidado hemos aprendido y retenido, es nuestro. Y cuando entiendas lo que antes no sabías, considérame intérprete, si eres agradecido, o paráfrasis, si eres ingrato. Aunque no soy en absoluto consciente de haber cambiado nada de la verdad hebrea. Ciertamente, si eres incrédulo, lee los códices griegos y latinos y compáralos con estas obras: y dondequiera que veas que difieren entre sí, pregunta a cualquier hebreo, a quien deberías más bien acomodar tu fe: y si confirma lo nuestro, creo que no lo considerarás un adivinador, como si hubiera adivinado lo mismo que yo en el mismo lugar. Pero también a vosotras, siervas de Cristo (Paula y Eustoquio), os ruego, que unguis la cabeza del Señor que se sienta con el más precioso mirra de la fe, que no buscáis al Salvador en el sepulcro, a quienes Cristo ya ha ascendido al Padre, que contra los perros ladrones, que se enfurecen contra mí con boca rabiosa, y rodean la ciudad, y se consideran doctos si critican a otros, oponed los escudos de vuestras oraciones. Yo, consciente de mi humildad, siempre recordaré esa sentencia: Dije, guardaré mis caminos; para no pecar con mi lengua. Puse guarda a mi boca, mientras el pecador estaba delante de mí. Enmudecí, y me humillé, y callé de lo bueno (Sal. XXXVIII, 1 ss.).

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE ISAÍAS.

Nadie, al ver que los Profetas están escritos en versos, piense que están ligados por metro entre los hebreos, y que tienen algo similar a los Salmos o a las obras de Salomón; sino que, como suele hacerse en Demóstenes y Cicerón, se escriben por colas y comas, que ciertamente escribieron en prosa, y no en versos: nosotros también, proveyendo a la utilidad de los lectores, hemos distinguido la nueva interpretación con un nuevo género de escritura. Y primero, sobre Isaías, se debe saber que es elocuente en su discurso: pues como hombre noble y de elocuencia urbana, no tiene nada de rusticidad mezclado en su elocución. De ahí que suceda que, más que en los demás, la traducción no haya podido conservar la flor de su discurso. Luego, también se debe añadir que no debe ser llamado tanto profeta como evangelista. Pues ha seguido todos los misterios de Cristo y de la Iglesia con tal precisión, que no se le puede considerar profetizando sobre el futuro, sino tejiendo una historia sobre el pasado. De ahí que conjeturo que los Setenta Intérpretes no quisieron en aquel tiempo revelar claramente los sacramentos de su fe a los gentiles, para no dar lo santo a los perros, ni las perlas a los cerdos: que cuando leáis este pasaje, notaréis que está oculto por ellos. No ignoro

cuán laborioso es entender a los Profetas, ni que cualquiera pueda juzgar fácilmente sobre la interpretación, a menos que primero entienda lo que ha leído: nosotros también estamos expuestos a los mordiscos de muchos, que, estimulados por la envidia, desprecian lo que no pueden alcanzar. Sabiendo, pues, y siendo prudente, meto la mano en la llama: y no obstante, ruego a los lectores fastidiosos que, así como los griegos después de los Setenta Traductores, lean a Aquila, Símaco y Teodoción, ya sea por el estudio de su doctrina, o para entender mejor a los Setenta por comparación con ellos: así también estos al menos se dignen tener un intérprete después de los anteriores. Que lean primero, y luego desprecien: para que no parezcan condenar lo ignorado, no por juicio, sino por presunción de odio. Isaías profetizó en Jerusalén y en Judea, antes de que las diez tribus fueran llevadas al cautiverio: y sobre ambos reinos, a veces mezclando, a veces separando, tejó su oráculo. Y aunque a veces se refiere a la historia presente; y después de la cautividad babilónica indica el regreso del pueblo a Judea: sin embargo, toda su preocupación es sobre la vocación de las naciones y la venida de Cristo. A quien cuanto más amáis, oh Paula y Eustoquio, tanto más pedidle, para que por la presente detracción, con la que los envidiosos me desgarran sin cesar, él mismo me devuelva la recompensa en el futuro: quien sabe que he sudado en el aprendizaje de una lengua extranjera para que los judíos no insulten más a sus Iglesias por la falsedad de las Escrituras.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EZEQUIEL.

Ezequiel profeta fue llevado cautivo a Babilonia junto con el rey Joaquín de Judá: y allí profetizó a aquellos que habían sido capturados con él, arrepintiéndose de haberse entregado voluntariamente a los adversarios según la profecía de Jeremías, y viendo que la ciudad de Jerusalén aún permanecía en pie, la cual él había predicho que caería. En el trigésimo año de su vida, y el quinto de su cautiverio, comenzó a hablar a sus compañeros de cautiverio. Y en el mismo tiempo, aunque posterior, él en Caldea y Jeremías en Judea profetizaron. Su discurso no es ni muy elocuente ni demasiado rústico: sino moderadamente equilibrado entre ambos. Sacerdote él mismo, al igual que Jeremías: los principios del volumen y el final están envueltos en grandes oscuridades. Pero también su edición Vulgata no difiere mucho del Hebreo. Por lo cual me sorprende bastante cuál fue la causa de que, si tenemos los mismos intérpretes en todos los libros, en unos tradujeran lo mismo y en otros de manera diferente. Lean, pues, también este según nuestra traducción; porque al estar escrito por cláusulas y comas, ofrece un sentido más claro a los lectores. Si mis amigos también se burlan de este, díganles que nadie los obliga a escribir. Pero temo que les suceda lo que se dice más significativamente en griego, que sean llamados φαγολοίδοροι, es decir, comedores de burlas.

#### PREFACIO DE SAN JERÓNIMO EN LOS DOCE PROFETAS.

El orden de los doce profetas no es el mismo entre los Hebreos que entre nosotros. Por lo cual, según lo que allí se lee, aquí también están dispuestos. Oseas es de estilo fragmentario, y habla casi por sentencias. Joel es claro al principio: al final más oscuro. Y hasta Malaquías, cada uno tiene sus propias características: a quien los Hebreos consideran Esdras escriba y doctor de la ley. Y como es largo hablar ahora de todos: solo quiero advertirles, oh Paula y Eustoquio, que es un solo libro de los doce profetas: y que Oseas fue contemporáneo de Isaías: y que Malaquías fue de los tiempos de Ageo y Zacarías. En aquellos en los que no se menciona el tiempo en el título, profetizaron bajo los mismos reyes que aquellos que tienen títulos antes que ellos.

#### PREFACIO DE SAN JERÓNIMO EN EL LIBRO DE JOB.

Me veo obligado a responder a las maldiciones de los adversarios en cada uno de los libros de la Sagrada Escritura: quienes acusan mi interpretación de ser una crítica a los Setenta Intérpretes: como si entre los griegos no existieran Aquila, Símaco y Teodoción, quienes expresaron un tipo de traducción ya sea palabra por palabra, o sentido por sentido, o una mezcla de ambos, moderadamente equilibrada: y Orígenes distinguió todos los volúmenes del Antiguo Testamento con obelos y asteriscos, los cuales, ya sea añadidos o tomados de Teodoción, insertó en la antigua traducción, probando que lo añadido estaba ausente. Aprendan, pues, mis detractores a aceptar en su totalidad lo que han recibido en partes, o a borrar mi interpretación con sus asteriscos. Pues no puede ser que, al ver que omitieron muchas cosas, no admitan que también se equivocaron en algunas, especialmente en Job: al cual, si le quitas lo que está añadido bajo los asteriscos, se truncará la mayor parte del volumen: y esto al menos entre los griegos. Sin embargo, entre los latinos, antes de esa traducción que recientemente publicamos con asteriscos y obelos, faltan casi setecientos u ochocientos versos; de modo que el libro, acortado, lacerado y corroído, ofrece su fealdad públicamente a los lectores. Esta traducción no sigue a ningún intérprete de los antiguos; sino que resonará a veces palabras, a veces sentidos, a veces ambos a la vez, del mismo hebreo, árabe y a veces sirio. Pues incluso entre los hebreos, todo el libro se considera oblicuo y resbaladizo: y lo que los retóricos llaman en griego ἐσχηματισμένος, mientras dice una cosa, hace otra: como si quisieras sostener una anguila o una morena con las manos apretadas, cuanto más fuerte la presionas, más rápido se escapa. Recuerdo que por la comprensión de este volumen, redimí a un cierto maestro de Lida, quien se consideraba el primero entre los hebreos, con no pocas monedas: de cuya enseñanza no sé si he aprovechado algo: solo sé que no pude interpretar sino lo que antes había entendido. Desde el principio del volumen hasta las palabras de Job, entre los hebreos es prosa. Pero desde las palabras de Job, en las que dice: "Pereat dies, in qua natus sum," y la noche en la que se dijo, "concebido es un hombre," hasta el lugar donde antes del final del volumen está escrito: "Por eso me reprendo a mí mismo, y hago penitencia en polvo y ceniza," son versos hexámetros, corriendo con dactilo y espondeo: y debido al idioma, a menudo recibiendo también otros pies, no de las mismas sílabas, sino de los mismos tiempos. A veces también el ritmo mismo se lleva dulce y tintineante con números de la ley del metro sueltos: lo que entienden más los métricos que el lector simple. Desde el verso mencionado hasta el final del libro, el pequeño fragmento que queda, se teje en prosa. Si a alguien le parece increíble que haya metros entre los hebreos, y que al modo de nuestro Flaco, y del griego Píndaro, y Alceo, y Safo, o el Salterio, o las Lamentaciones de Jeremías, o casi todos los cánticos de las Escrituras estén comprendidos, lea a Filón, Josefo, Orígenes, Eusebio de Cesarea, y con su testimonio comprobará que digo la verdad. Por lo tanto, que escuchen mis perros, que trabajé en este volumen no para criticar la antigua interpretación, sino para que lo que en ella es oscuro, omitido, o ciertamente corrompido por el error de los escribas, se hiciera más claro con nuestra interpretación: quien también aprendí en parte el idioma hebreo, y en latín casi desde la cuna fui pulido entre gramáticos, retóricos y filósofos. Si entre los griegos, después de la edición de los Setenta, ya brillando el Evangelio de Cristo, el judío Aquila, Símaco y Teodoción, herejes judaizantes, fueron recibidos, quienes ocultaron muchos misterios del Salvador con interpretación engañosa, y sin embargo están en los Hexapla, y son explicados por hombres eclesiásticos: cuánto más yo, cristiano, nacido de padres cristianos, y llevando el estandarte de la cruz en mi frente, cuyo estudio fue repetir lo omitido, corregir lo corrompido, y abrir los sacramentos de la Iglesia con un discurso puro y fiel, no debo ser rechazado por lectores fastidiosos o maliciosos. Que tengan quienes quieran los libros antiguos, ya sea en pergaminos púrpuras escritos en oro y plata, o en letras unciales, como se dice comúnmente, más cargas grabadas que códices: con tal que a mí y a los míos se nos permita tener hojas pobres, y no tan bellos códices como corregidos. Ambas ediciones, la de los Setenta según los griegos, y la mía

según los hebreos, han sido traducidas al latín por mi trabajo. Que cada uno elija lo que quiera: y que me pruebe más estudioso que malintencionado.

#### PREFACIO DE SAN JERÓNIMO EN EL LIBRO DE LOS SALMOS SEGÚN LA VERDAD HEBREA.

Eusebio Jerónimo a su Sophronio, Saludo.

Sé que algunos piensan que el Salterio está dividido en cinco libros, de modo que dondequiera que esté escrito en los Setenta Intérpretes, γένοιτο, γένοιτο, es decir, fiat, fiat, es el final del libro, por lo cual en hebreo se lee: AMEN, AMEN (). Pero nosotros, siguiendo la autoridad de los hebreos, y especialmente de los apóstoles, quienes siempre en el Nuevo Testamento nombran el libro de los Salmos, afirmamos que es un solo volumen. También testificamos que todos los salmos son de los autores que se mencionan en los títulos, a saber, David, Asaf, y Idithun, los hijos de Coré, Hemán Ezrahita, Moisés y Salomón, y los demás, que Esdras comprendió en un solo volumen. Pues si AMEN (), por lo cual Aquila tradujo πεπιστωμένως, se pusiera solo al final de los libros, y no a veces en el principio, o al final del discurso, o de la sentencia, nunca el Salvador en el Evangelio diría: Amen, amen os digo; y las epístolas de Pablo en medio de su obra lo contendrían. Moisés también y Jeremías, y los demás tendrían muchos libros de esta manera, quienes frecuentemente intercalan AMEN () en medio de sus volúmenes. Pero también el número de los veintidós libros hebreos, y el misterio del mismo número se cambiará. Pues también el mismo título hebreo, SEPHAR THALLIM (), que se interpreta, volumen de himnos, congruente con la autoridad apostólica, muestra no más libros, sino un solo volumen. Porque recientemente, discutiendo con un hebreo, presentaste algunos testimonios de los Salmos por el Señor Salvador, y queriendo él burlarse de ti, afirmaba casi en cada palabra que no se tenía así en hebreo, como tú oponías de los Setenta Intérpretes, solicitaste con gran diligencia que después de Aquila, Símaco y Teodoción, tradujera una nueva edición en lengua latina. Decías que te turbaba más la variedad de los intérpretes, y que estabas contento con mi traducción o juicio. Por lo cual, impulsado por ti, a quien debo lo que puedo y lo que no puedo, nuevamente me entregué a los ladridos de los detractores, y preferí buscar en la amistad contigo más mis fuerzas que mi voluntad. Ciertamente diré con confianza, y citaré muchos testigos de esta obra, que no he cambiado nada, al menos conscientemente, de la verdad hebrea. Por lo tanto, si mi edición difiere de las antiguas, pregunta a cualquier hebreo, y verás claramente que soy lacerado en vano por los envidiosos, quienes prefieren parecer despremiar lo excelente que aprender. Hombres muy perversos. Pues cuando siempre buscan nuevos placeres, y los mares cercanos no satisfacen su gula: ¿por qué en el solo estudio de las Escrituras están contentos con el sabor antiguo? No digo esto para morder a mis predecesores, ni creo que deba quitarles nada, cuya traducción, cuidadosamente corregida, hace tiempo di a los hombres de mi lengua; sino que es diferente leer los Salmos en las Iglesias de los creyentes en Cristo, que responder a los judíos que calumnian cada palabra. Si traduces mi pequeño trabajo al griego (como prometes), ἀντιφιλονείκων τοῖς κατασύρουσιν, y quieres hacer testigos de mi ignorancia también a los hombres más doctos, te diré aquello de Horacio: No laves leña al bosque. A menos que tenga este consuelo, si en el trabajo común entiendo que tengo contigo tanto la alabanza como la crítica en común. Deseo que te mantengas bien en el Señor Jesús, y que te acuerdes de mí.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN LOS LIBROS DE SALOMÓN.

A Cromacio y Heliodoro obispos, Jerónimo.

Una carta une a quienes une el sacerdocio: más bien, que el papel no divida a quienes une el amor de Cristo. Habría escrito los comentarios sobre Oseas, Amós, Zacarías, Malaquías, que piden, si la salud me lo hubiera permitido. Envían consuelo de gastos: sostienen a nuestros escribas y copistas, para que nuestro ingenio sude principalmente para ustedes. Y he aquí que al lado hay una multitud frecuente de quienes piden cosas diversas: como si fuera justo que yo, mientras ustedes tienen hambre, trabaje para otros: o en la cuenta de lo dado y recibido, sea deudor a alguien más que a ustedes. Así que, quebrantado por una larga enfermedad, para no guardar silencio completamente este año, y estar mudo ante ustedes, consagré una obra de tres días a su nombre, a saber, la interpretación de los tres volúmenes de Salomón, MASLOTH (), que los hebreos llaman Parábolas, pero la edición Vulgata llama Proverbios: COELETH (), que en griego podemos llamar Eclesiastés, en latín Concionador: SIR ASSIRIM (), que en nuestra lengua se traduce Cantar de los Cantares. Se dice también que hay un libro πανάρετος de Jesús hijo de Sirac, y otro ψευδεπίγραφος que se titula Sabiduría de Salomón. Del primero, encontré el hebreo, no Eclesiástico, como entre los latinos; sino titulado Parábolas, al cual estaban unidos Eclesiastés y Cantar de los Cantares, para igualar la similitud de Salomón no solo en el número de libros, sino también en el género de materias. El segundo no está en ninguna parte entre los hebreos, porque el estilo mismo huele a elocuencia griega: y algunos de los antiguos escritores afirman que es de Filón el judío. Así como la Iglesia lee los libros de Judit, Tobías y los Macabeos, pero no los recibe entre las Escrituras canónicas: así también lea estos dos volúmenes para la edificación del pueblo, no para confirmar la autoridad de los dogmas eclesiásticos. Si a alguien le agrada más la edición de los Setenta Intérpretes, la tiene corregida por nosotros hace tiempo. Pues no forjamos lo nuevo para destruir lo viejo. Y sin embargo, cuando lo haya leído con diligencia, sepa que se entiende más lo nuestro, que no se ha coagulado al ser vertido en un tercer vaso, sino que, inmediatamente del lagar, confiado a una vasija purísima, ha conservado su sabor.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL PROFETA DANIEL.

La Iglesia del Señor Salvador no lee al profeta Daniel según los Setenta Intérpretes, usando la edición de Teodoción, y por qué ha sucedido esto, no lo sé. Ya sea porque el discurso es caldeo, y con algunas propiedades difiere de nuestro lenguaje, los Setenta Intérpretes no quisieron mantener las mismas líneas del idioma en la traducción: o bajo su nombre fue editado el libro por otro, no sé quién, que no conocía suficientemente el idioma caldeo: o por alguna otra causa que ignoro: esto solo puedo afirmar, que difiere mucho de la verdad, y con justo juicio ha sido rechazado. Debe saberse, pues, que Daniel y Esdras, principalmente, están escritos en letras hebreas; pero en discurso caldeo, y un pasaje de Jeremías, y también Job tiene mucha relación con el idioma árabe. Finalmente, yo mismo, siendo joven, después de la lectura de Quintiliano y Tulio y las flores retóricas, cuando me encerré en el molino de este idioma, y con mucho sudor y mucho tiempo apenas comencé a resonar las palabras jadeantes y chirriantes, y como caminando por una cripta, veía rara luz desde arriba, finalmente tropecé con Daniel, y fui afectado por tal tedio, que por una repentina desesperación quise despreciar todo el trabajo anterior. Pero, alentado por un cierto hebreo, y repitiéndome frecuentemente en su lengua, "Labor omnia vincit improbus," quien me parecía sabio entre ellos, comencé de nuevo a ser discípulo del caldeo. Y para decir la verdad, hasta el día de hoy puedo más leer e interpretar el discurso caldeo que pronunciarlo. Esto lo digo para mostrarles la dificultad de Daniel, quien entre los hebreos no tiene la historia de Susana, ni el himno de los tres jóvenes, ni las fábulas de Bel y el dragón: las cuales nosotros, porque están dispersas por todo el mundo, las hemos sometido con un veru antepuesto, y jugulándolas: para que no parezca que hemos truncado gran parte del volumen ante los ignorantes. He oído a uno de los maestros de los judíos, cuando se burlaba de la historia de Susana, y decía que había sido inventada por

un griego, oponerse con aquello que también Orígenes opuso a Africano, que estas etimologías ἀπὸ τοῦ σχίνου σχίσαι, καὶ ἀπὸ τοῦ πρίνου πρίσαι, descienden del discurso griego. De lo cual podemos dar esta inteligencia a los nuestros: Que, por ejemplo, digamos que él dijo de un árbol de encina, "Illico pereas": y del lentisco, "In lentem te comminuat angelus," o "no lente pereas," o "lentus," es decir, flexible, seas llevado a la muerte: o algo más que convenga al nombre del árbol. Luego se burlaba de que los tres jóvenes tuvieran tanto ocio en el horno de fuego ardiente para jugar con el metro, y por orden invitaran a todos los elementos a alabar a Dios: o qué milagro, y señal de inspiración divina, o el dragón muerto con una torta de pez, o las maquinaciones de los sacerdotes de Bel descubiertas: que más bien serían obra de un hombre prudente que de un espíritu profético. Cuando llegaba a Habacuc, y leía que había sido llevado de Judea a Caldea con un plato, buscaba un ejemplo donde hubiéramos leído en todo el Antiguo Testamento que alguno de los santos volara con cuerpo pesado, y en un instante de hora atravesara tanta distancia de tierras. Cuando uno de los nuestros, bastante rápido para hablar, le presentó a Ezequiel, y decía que había sido trasladado de Caldea a Judea: se burló del hombre, y demostró desde el mismo volumen que Ezequiel había visto en espíritu ser trasladado. Finalmente, también nuestro Apóstol, como hombre erudito, y que había aprendido la ley de los hebreos, no se atrevió a afirmar que había sido arrebatado en el cuerpo, sino que dijo: "Sive in corpore, sive extra corpus, nescio. Deus scit" (II Cor. XII, 2). Con estos y tales argumentos acusaba de apócrifas las fábulas en el libro de la Iglesia. Dejando el juicio al arbitrio del lector, advierto que Daniel no se cuenta entre los profetas entre los hebreos, sino entre aquellos que escribieron los Ἀγιόγραφα. Pues toda la Escritura se divide por ellos en tres partes: en la Ley, en los Profetas, en Ἀγιόγραφα, es decir, en cinco, ocho y once libros: de lo cual no es el momento de disertar. Lo que Porfirio objeta contra este profeta, o más bien contra este libro, son testigos Metodio, Eusebio, Apolinar: quienes respondiendo a su locura con muchos miles de versos, no sé si han satisfecho al lector curioso. Por lo cual les ruego, oh Paula y Eustoquio, que ofrezcan oraciones al Señor por mí: para que mientras esté en este cuerpo, escriba algo grato a ustedes, útil para la Iglesia, digno de la posteridad. Pues no me conmueven suficientemente los juicios presentes: quienes en ambos sentidos, ya sea por amor, ya sea por odio, se equivocan.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE LOS PARALIPÓMENOS.

Si la edición pura de los Setenta Intérpretes, tal como fue traducida por ellos al griego, se hubiera mantenido, sería innecesario, mi querido Cromacio, santísimo y sapientísimo de los obispos, que me impulsaras a traducir los volúmenes hebreos al idioma latino. Pues lo que una vez había captado los oídos de los hombres y había fortalecido la fe de la Iglesia naciente, era justo que también con nuestro silencio se aprobara. Pero ahora, cuando por la diversidad de regiones se presentan diferentes ejemplares, y aquella traducción genuina y antigua ha sido corrompida y violada, piensas que es de nuestro arbitrio o juzgar entre muchos qué es lo verdadero, o forjar una nueva obra sobre la antigua, y burlándose los judíos, como se dice, clavar los ojos de los cuervos. Alejandría y Egipto alaban a Hesiquio como autor de sus Setenta; Constantinopla hasta Antioquía aprueba los ejemplares de Luciano [o Juliano] mártir. Las provincias intermedias leen los códices palestinos, que fueron elaborados por Orígenes y publicados por Eusebio y Pánfilo; y todo el mundo se enfrenta con esta triple variedad. Y ciertamente Orígenes no solo compuso ejemplares de cuatro ediciones, describiendo palabra por palabra en paralelo, para que uno que disienta sea inmediatamente refutado por los otros que concuerdan entre sí; sino que, lo que es de mayor audacia, mezcló la Edición de Teodoción con la de los Setenta, señalando con asteriscos lo que antes faltaba, y con virgulillas lo que parecía añadido en exceso. Si, por tanto, a otros les fue permitido no mantener lo que una vez habían recibido, y después de las setenta celdas, que comúnmente se

atribuyen sin autor, abrieron cada celda, y se lee en las Iglesias lo que los Setenta no conocieron, ¿por qué no me aceptarían mis latinos, quienes, con la edición antigua inviolada, he compuesto una nueva, de modo que mi trabajo lo pruebo con los hebreos y, lo que es más, con los apóstoles como autores? Recientemente escribí un libro sobre el mejor género de interpretación, mostrando que aquellas del Evangelio, "De Egipto llamé a mi hijo" (Mateo II, 15); y "Será llamado Nazareno" (Ibid., 23); y "Verán a quien traspasaron" (Juan XIX, 37); y aquello del Apóstol, "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que le aman" (I Cor. II, 9); y otras similares, se encuentran en los libros hebreos. Ciertamente los apóstoles y evangelistas conocían a los Setenta Intérpretes: ¿y de dónde les vino decir estas cosas que no se encuentran en los Setenta? Cristo nuestro Señor, autor de ambos Testamentos, en el Evangelio según Juan, dice: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan VII, 38). Sin duda está escrito, lo que el Salvador testifica que está escrito. ¿Dónde está escrito? Los Setenta no lo tienen: la Iglesia no conoce los apócrifos. Por tanto, hay que volver a los hebreos, de donde el Señor habla, y los discípulos toman ejemplos. Hablo esto con la paz de los antiguos, y solo respondo a mis detractores, que me muerden con diente canino, criticándome en público; leyendo en los rincones, los mismos son acusadores y defensores, cuando en otros aprueban lo que en mí reprueban: como si la virtud y el vicio no estuvieran en las cosas, sino que cambian con el autor. Sin embargo, recuerdo que hace tiempo proporcioné a los nuestros la edición de los Setenta Traductores corregida del griego: y no debe considerarse enemigo de aquellos a quienes siempre expongo en la asamblea de los hermanos. Y lo que ahora he interpretado como DABRE JAMIM (), es decir, "Palabras de los días", lo hice para desentrañar los enredos inextricables, y la selva de nombres, que están confundidos por el vicio de los escritores, y la barbarie de los sentidos, de manera más clara y por los versos en cola: cantando para mí mismo y para los míos según Ismenia, si los oídos de los demás son sordos.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN ESDRAS.

No he decidido aún si es más difícil hacer lo que pedís o negarlo. Pues no es de mi parecer negar algo a vuestras órdenes: y la magnitud de la carga impuesta pesa tanto sobre mis hombros, que antes se debe caer bajo el fardo que levantarlo. A esto se suman los esfuerzos de los envidiosos, que creen que todo lo que escribimos debe ser criticado: y a veces, con la conciencia oponiéndose, desgarran públicamente lo que leen en secreto; tanto que me veo obligado a clamar y decir: "Señor, libra mi alma de labios inicuos y de lengua engañosa" (Salmo CXIX, 2). Es el tercer año que siempre escribís y reescribís, para que os traduzca el libro de Esdras del hebreo: como si no tuvierais volúmenes griegos y latinos: o como si lo que sea que traduzca no fuera inmediatamente escupido por todos. Pero, como dice alguien, esforzarse en vano, y no buscar otra cosa que odio con el esfuerzo, es de extrema demencia. Por tanto, os ruego, mis queridísimos Domnión y Rogaciano, que contentos con la lectura privada, no saquéis el libro al público, ni ofrezcáis alimentos a los fastidiosos, y evitéis la altivez de aquellos que solo saben juzgar a los demás, y no saben hacer nada por sí mismos. Si hay algunos hermanos a quienes no les desagradan nuestras obras, dadles un ejemplar, advirtiéndoles que transcriban los nombres hebreos, de los cuales hay gran cantidad en este volumen, de manera clara y con intervalos. Pues de nada servirá haber corregido el libro, si la corrección no se conserva con la diligencia de los copistas. Y que a nadie le moleste que solo haya sido editado un libro por nosotros: ni se deleite en los sueños apócrifos del tercero y cuarto: porque entre los hebreos los discursos de Esdras y Nehemías se reducen a un solo volumen: y lo que no se encuentra entre ellos, ni pertenece a los veinticuatro ancianos, debe ser rechazado. Si alguien os opone los Setenta Intérpretes, cuyos ejemplares la misma

variedad demuestra desgarrados y destruidos (y ciertamente no se puede afirmar como verdadero lo que es diverso), enviadlo a los Evangelios: en los cuales se ponen muchas cosas como del Antiguo Testamento, que no se encuentran en los Setenta Intérpretes, como aquello de "Será llamado Nazareno", y "De Egipto llamé a mi hijo", y "Verán a quien traspasaron"; y muchas otras, que reservamos para una obra más extensa: y preguntadle dónde están escritas. Y cuando no pueda mostrarlas, leed vosotros de estos ejemplares que recientemente editamos, que son diariamente atacados por las lenguas de los maledicentes. Pero para ser breve, ciertamente lo que voy a decir es muy justo. ¿He editado algo que no se encuentra en el griego, o que se encuentra de manera diferente a como lo he traducido? ¿Por qué atacan al intérprete? Pregunten a los hebreos: y a los mismos autores, atribuyan o quiten fe a mi traducción. Por otra parte, es otra cosa si, como se dice, quieren maldecirme con los ojos cerrados, y no imitan el estudio y benevolencia de los griegos, quienes después de los Setenta Traductores, ya brillando el Evangelio de Cristo, leen con curiosidad a los judíos y ebionitas intérpretes de la Ley antigua, a saber, Aquila, Símaco y Teodoción, y por el trabajo de Orígenes los dedicaron en las Hexaplas a las Iglesias. Cuánto más deberían los latinos estar agradecidos, al ver a Grecia exultante tomar algo de ellos. Pues primero es de grandes gastos e infinita dificultad poder tener todos los ejemplares: luego, incluso quienes los tengan, y son ignorantes del idioma hebreo, errarán más, ignorando quién de muchos ha dicho la verdad. Lo que también le sucedió recientemente a un sabio entre los griegos, que a veces, dejando el sentido de la Escritura, seguía el error de cada intérprete. Pero nosotros, que al menos tenemos un pequeño conocimiento del idioma hebreo, y no nos falta del todo el idioma latino, podemos juzgar mejor sobre los demás, y expresar en nuestra lengua lo que entendemos. Así que, aunque la serpiente silbe, y el victorioso Sinón lance incendios (Eneida, libro II), nunca mi elocuencia, con la ayuda de Cristo, callará: incluso con la lengua cortada balbuceará. Lean quienes quieran: quienes no quieran, rechacen. Examinen los detalles, critiquen las letras: más vuestra caridad me provocará al estudio, que la detracción y odio de ellos me disuadirán.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE ESTER.

El libro de Ester se ha constatado que está viciado por varios traductores, el cual, rescatándolo de los archivos de los hebreos, lo he traducido palabra por palabra con mayor precisión. Este libro, la edición Vulgata lo arrastra con pliegues de palabras aquí y allá: añadiendo lo que se podría decir y escuchar en el momento, como es habitual en las disciplinas escolares, tomando un tema, inventar qué palabras podría usar quien sufrió la injuria, o aquel que la hizo. Pero vosotras, oh Paula y Eustoquio, que habéis estudiado entrar en las bibliotecas hebreas, y habéis comprobado las disputas de los intérpretes, teniendo el libro hebreo de Ester, mirad nuestra traducción palabra por palabra, para que podáis reconocer que no he añadido nada, sino que con fiel testimonio he transmitido la historia hebrea al idioma latino tal como se encuentra en el hebreo. No buscamos alabanzas de los hombres, ni tememos las críticas. Pues cuidando de agradar a Dios, no tememos en absoluto las amenazas de los hombres: porque Dios disipa los huesos de aquellos que desean agradar a los hombres (Salmo LII, 6), y según el Apóstol, quienes son así, no pueden ser siervos de Cristo (Gál. I, 10).

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE TOBÍAS. A Cromacio y Heliodoro, obispos, Jerónimo presbítero en el Señor, salud.

No dejo de maravillarme de la insistencia de vuestra exigencia: pues exigís que traduzca al estilo latino un libro escrito en lengua caldea, el libro de Tobías, que los hebreos, cortándolo del catálogo de las Escrituras divinas, lo han entregado a lo que llaman apócrifos. He satisfecho vuestro deseo, aunque no mi propio interés. Pues los estudios de los hebreos nos

acusar, y nos imputan traducir estas cosas a oídos latinos contra su canon. Pero juzgando mejor desagradar al juicio de los fariseos, y servir a las órdenes de los obispos, me esforcé como pude. Y como la lengua de los caldeos es cercana al idioma hebreo, encontrando a un locuaz experto en ambos idiomas, emprendí el trabajo de un día: y todo lo que él me expresó en palabras hebreas, yo lo expuse en latín con un notario presente. Compensaré la recompensa de esta obra con vuestras oraciones, cuando sepa que os ha complacido que haya cumplido lo que os dignasteis ordenar.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE JUDIT.

Entre los hebreos, el libro de Judit se lee entre los apócrifos: cuya autoridad se juzga menos idónea para fortalecer aquellas cosas que entran en contención. Sin embargo, escrito en lengua caldea, se cuenta entre las historias. Pero como se dice que el Concilio de Nicea lo contó entre las Escrituras sagradas, accedí a vuestra petición, o más bien a vuestra exigencia: y dejando de lado las ocupaciones que me apremiaban intensamente, dediqué una pequeña vigilia a esto, traduciendo más el sentido del sentido que palabra por palabra. He eliminado la variedad viciosísima de muchos códices: solo he expresado en latín lo que pude encontrar con inteligencia íntegra en las palabras caldeas. Recibid a Judit, la viuda, ejemplo de castidad, y con alabanza triunfal, proclamadla con elogios perpetuos. Pues no solo la dio como imitable a las mujeres, sino también a los hombres, quien, siendo el remunerador de su castidad, le otorgó tal virtud, que venció al invicto entre todos los hombres, y superó al insuperable.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE JOB.

Si tejiera una cesta de junco, o trenzara hojas de palma, para comer el pan con el sudor de mi rostro, y ocupara mi mente en la obra del vientre, nadie me mordería, nadie me criticaría. Pero ahora, porque según la sentencia del Salvador quiero trabajar por el alimento que no perece, y limpiar el antiguo camino de los volúmenes divinos de zarzas y arbustos, se me clava un aguijón: se me llama falsificador de errores, y no se me permite corregirlos, sino sembrarlos. Pues tal es la costumbre de la antigüedad, que incluso los vicios confesos agradan a muchos, mientras prefieren tener códices más hermosos que corregidos. Por tanto, oh Paula y Eustoquio, único ejemplo de nobleza y humildad, en lugar de un abanico, cestas y canastillas, recibid estos dones espirituales y duraderos: y al bienaventurado Job, que aún yacía entre los latinos en el estiércol, y estaba lleno de gusanos de errores, regocijaos de verlo íntegro e inmaculado. Pues así como por la prueba y la victoria le fueron devueltas todas las cosas duplicadas, así yo en nuestra lengua (hablo audazmente) le he hecho tener lo que había perdido. Por tanto, os advierto a vosotras y a cualquier lector con el prefacio habitual, y siempre añadiendo lo mismo al principio de los libros, ruego que dondequiera que veáis las virgulillas ÷ precedentes, sepáis que lo que está debajo no se encuentra en los volúmenes hebreos. Pero donde la imagen de la estrella brille +, se ha añadido en nuestro idioma desde el hebreo. También aquellas cosas que parecían tener, y estaban tan corruptas que quitaban el sentido a los lectores, las he corregido con gran esfuerzo, orando por vosotras, pensando que algo más útil vendría a las Iglesias de Cristo de mi ocio que del negocio de otros.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE LOS SALMOS. (C)

El Salterio, estando en Roma, lo había corregido hace tiempo, y según los Setenta intérpretes, aunque apresuradamente, lo había corregido en gran parte. Pero como veis de nuevo, oh Paula y Eustoquio, que por el vicio de los escribas está depravado, y que el antiguo error prevalece más que la nueva corrección, me obligáis a que, como en un campo nuevo, trabaje el arado ya surcado, y con surcos oblicuos erradique las espinas que renacen: diciendo que es

justo que lo que brota mal con frecuencia, se corte con más frecuencia. Por lo cual, con el prefacio acostumbrado, advierto tanto a vosotras, para quienes tal vez este trabajo se suda, como a aquellos que quieran tener tales ejemplares, que lo que he corregido diligentemente, se transcriba con cuidado y diligencia. Que cada uno note para sí la línea caída, o los signos radiantes: es decir, los obelos ÷ o los asteriscos +. Y dondequiera que vea la virgulilla precedente ÷, desde ella hasta los dos puntos \*\* que hemos impreso, sepa que en los Setenta traductores se tiene más. Pero donde vea la semejanza de la estrella +, sepa que se ha añadido de los volúmenes hebreos, también hasta los dos puntos, según la edición de Teodoción, que no difiere en la simplicidad del discurso de los Setenta intérpretes. Habiendo hecho esto, sabiendo que no dudo que habrá muchos que, por envidia o altivez, prefieran parecer desprestigiar lo excelente que aprender, y beber más de un arroyo turbulento que de una fuente purísima.

## PREFACIO DE JERÓNIMO EN EL LIBRO DE LOS CRÓNICAS SEGÚN LOS SETENTA INTÉRPRETES.

Eusebio Jerónimo a Domnión y Rogaciano, suyos en Jesús, salud.

Así como entienden mejor las historias de los griegos quienes han visto Atenas, y el tercer libro de Virgilio, quienes han navegado desde Troade por Leucate y Acroceraunia hasta Sicilia, y de allí a las bocas del Tíber: así contemplará más claramente la Sagrada Escritura quien haya contemplado Judea con sus ojos, y haya conocido las memorias de las antiguas ciudades, o los mismos nombres de los lugares, o los cambiados. Por lo cual también nos preocupamos, con los más eruditos de los hebreos, de emprender este trabajo, para recorrer la provincia que resuena en todas las Iglesias de Cristo. Pues confieso, mi querido Domnión y Rogaciano, que nunca he confiado en mis propias fuerzas en los volúmenes divinos, ni he tenido la opinión de mi maestro, sino que incluso sobre lo que pensaba saber, solía preguntar: cuánto más sobre lo que estaba en duda. Finalmente, cuando recientemente me pedisteis por carta que os tradujera el libro de las Crónicas al idioma latino, tomé de Tiberiades a un doctor de la Ley, que era admirado entre los hebreos, y lo consulté con él desde la cabeza, como se dice, hasta la uña del pie: y así confirmado, me atreví a hacer lo que ordenabais. Pues os hablo libremente, así en los códices griegos como en los latinos, este libro de nombres es tan vicioso, que no se debe pensar que son nombres hebreos, sino bárbaros y sármatas. Y esto no se debe a los Setenta Intérpretes, que llenos del Espíritu Santo tradujeron lo que era verdadero, sino a la culpa de los escribas, que escriben de inemendados a inemendados: y a menudo tres nombres, quitando las sílabas del medio, los comprimen en un solo vocablo, o al contrario, un nombre, por su amplitud, lo dividen en dos o tres vocablos. Pero también las mismas denominaciones, no son nombres, como muchos piensan, sino que suenan a ciudades, regiones, bosques y provincias, y bajo su interpretación y figura se narran algunas historias: de las cuales se dice en el libro de los Reyes, "¿No están escritas estas cosas en el libro de las Palabras de los Días de los reyes de Judá?" Que ciertamente no se encuentran en nuestros códices. Esto primero debe saberse, que entre los hebreos, el libro de las Crónicas es uno: y entre ellos se llama DABRE JAMIM, es decir, "Palabras de los Días": que por su magnitud, entre nosotros se ha dividido, lo que algunos también hacen en el diálogo de Bruto de Cicerón, dividiéndolo en tres partes, aunque fue editado como uno por su autor. Luego también debe atenderse que frecuentemente los nombres, no son vocablos de nombres, sino que, como dije, suenan a significados de cosas. Finalmente, que toda la erudición de las Escrituras se contiene en este libro: y las historias que fueron omitidas en sus lugares, o tratadas ligeramente, aquí se explican por ciertos resúmenes de palabras. Por tanto, ayudado por el auxilio de vuestras oraciones, envío el libro que agrada a los benevolentes: sin embargo, no dudo que desagradará a los envidiosos. Pues como dice Plinio, muchos prefieren

despreciar e invidiar lo mejor, que aprender. Si alguien quiere reprochar algo en esta traducción, que pregunte a los hebreos, que recuerde su conciencia, que vea el orden y el texto del discurso, y entonces, si puede, que critique nuestro trabajo. Dondequiera que veáis asteriscos, es decir, estrellas + brillando en este volumen, sabed que allí se ha añadido del hebreo lo que no se encuentra en los códices latinos. Pero donde se ha puesto el obelo, es decir, la virgulilla transversal ÷, allí se señala lo que los Setenta Intérpretes añadieron, ya sea por gracia de decoro, o por autoridad del Espíritu Santo, aunque no se lea en los volúmenes hebreos.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO EN LOS LIBROS DE SALOMÓN SEGÚN LOS SETENTA INTÉRPRETES.

Tres libros de Salomón, es decir, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, los he restituido a la antigua autoridad de los Setenta Intérpretes, ya sea designando con líneas ÷ lo que es superfluo, o intercalando con estrellas + los títulos de lo que se encontraba en menor medida: para que, oh Paula y Eustoquio, conozcáis más plenamente qué falta en nuestros libros y qué sobra. Asimismo, he corregido con la más meticulosa verdad aquellas cosas que traductores inexpertos habían vertido mal de la lengua griega a la nuestra, borrando y eliminando lo incorrecto. Y donde el orden desordenado y perverso había oscurecido la luz de las sentencias, restituyéndolas a sus lugares, hice comprensible lo que estaba oculto. En cuanto al libro que muchos titulan Sabiduría de Salomón, y en el Eclesiástico, que nadie ignora que es de Jesús, hijo de Sirac, he moderado mi pluma: deseando solamente corregir para vosotros las Escrituras Canónicas, y recomendar mi esfuerzo a lo cierto más que a lo dudoso.

#### PREFACIO DE JERÓNIMO A LOS CUATRO EVANGELIOS.

Al beatísimo papa Dámaso, Jerónimo.

Me obligas a hacer una obra nueva a partir de la antigua, para que, después de los ejemplares de las Escrituras dispersos por todo el mundo, me sienta como un árbitro: y porque varían entre sí, decida cuáles son aquellos que concuerdan con la verdad griega. Más trabajo, pero peligrosa presunción, juzgar sobre los demás, siendo yo mismo juzgado por todos: cambiar la lengua de un anciano, y retrotraer al mundo ya canoso a los inicios de los niños. Pues, ¿quién, docto o indocto, cuando tome un volumen en sus manos, y vea que difiere de la enseñanza que una vez absorbió, no estallará inmediatamente en voz alta, clamando que soy un falsario, un sacrílego, que me atrevo a añadir, cambiar, corregir algo en los libros antiguos? Contra esta envidia me consuelan dos razones: que tú, que eres el sumo Sacerdote, ordenas que se haga: y que no es verdad lo que varía, incluso con el testimonio de los maldicientes. Pues si se ha de dar fe a los ejemplares latinos, que respondan, ¿a cuáles?: ya que hay casi tantos ejemplares como códices. Pero si se ha de buscar la verdad entre muchos, ¿por qué no regresamos al origen griego, corrigiendo lo que fue mal editado por traductores defectuosos, o emendado de manera más perversa por presuntuosos inexpertos, o añadido o cambiado por copistas dormidos? No discuto sobre el Antiguo Testamento, que fue traducido al griego por los Setenta ancianos, y llegó hasta nosotros en tercer grado. No busco qué piensan Áquila, qué piensa Símaco, por qué Teodoción camina entre los nuevos y los viejos. Sea esa la verdadera interpretación que los Apóstoles aprobaron. Ahora hablo del Nuevo Testamento: que no hay duda de que es griego, excepto el apóstol Mateo, quien primero en Judea publicó el Evangelio de Cristo en letras hebreas. Ciertamente, cuando en nuestro idioma difiere, y lleva diversos caminos de arroyos, se debe buscar en una sola fuente. Omito aquellos códices

que, llamados por Luciano y Hesiquio, una perversa contienda de pocos hombres afirma: a los cuales ciertamente no les fue permitido corregir nada en el Antiguo Instrumento después de los Setenta Intérpretes, ni fue útil corregir en el Nuevo: cuando la Escritura, traducida antes a las lenguas de muchas naciones, enseña que son falsas las cosas añadidas. Por lo tanto, este pequeño prefacio promete solo los cuatro Evangelios, cuyo orden es este, Mateo, Marcos, Lucas, Juan, corregidos por la comparación de códices griegos, pero antiguos. Para que no difieran mucho de la costumbre de la lectura latina, hemos moderado la pluma de tal manera que, corrigiendo solo aquellas cosas que parecían cambiar el sentido, permitimos que el resto permaneciera como estaba. También expresamos los Cánones, que el obispo Eusebio de Cesarea, siguiendo a Ammonio de Alejandría, ordenó en diez números, tal como se tienen en griego. Si alguno de los curiosos quisiera saber qué en los Evangelios es igual, cercano o único, lo conocerá por su distinción. En efecto, un gran error ha crecido en nuestros códices, mientras que lo que en el mismo asunto otro Evangelista dijo más, en otro, porque pensaron que era menos, lo añadieron. O mientras otro expresó el mismo sentido de manera diferente, aquel que primero leyó uno de los cuatro, juzgó que los demás también debían ser corregidos según su ejemplo. De ahí que suceda que entre nosotros todo esté mezclado, y en Marcos haya más de Lucas y Mateo: de nuevo en Mateo haya más de Juan y Marcos, y en los demás se encuentren cosas propias de otros. Por lo tanto, cuando leas los Cánones, que están sujetos, eliminado el error de confusión, conocerás las similitudes de todos, y restituirás a cada uno lo que le es propio. En el primer Canon concuerdan los cuatro, Mateo, Marcos, Lucas, Juan. En el segundo tres, Mateo, Marcos, Lucas. En el tercero tres, Mateo, Lucas, Juan. En el cuarto tres, Mateo, Marcos, Juan. En el quinto dos, Mateo, Lucas. En el sexto dos, Mateo, Marcos. En el séptimo dos, Mateo, Juan. En el octavo dos, Lucas, Marcos. En el noveno dos, Lucas, Juan. En el décimo, cada uno publicó lo propio, que no se encuentra en los demás. En cada uno de los Evangelios, comenzando desde uno hasta el final de los libros, el número desigual crece. Este, prescrito en color negro, tiene debajo otro número de color rojo, que avanzando hasta diez, indica el número anterior, en qué Canon debe buscarse. Por lo tanto, cuando con el código abierto, por ejemplo, quieras saber de qué Canon es tal o cual capítulo, inmediatamente serás enseñado por el número sujeto, y recurriendo a los principios, en los cuales está la multitud de los Cánones distinguida, y encontrando inmediatamente el Canon por el título del frente, encontrarás el número del mismo Evangelista que buscabas, que también está señalado por la inscripción, y al inspeccionar de cerca los caminos de los demás, anotarás qué números tienen en la región. Y cuando lo sepas, regresarás a los volúmenes de cada uno, y sin demora, encontrando los números que antes habías señalado, encontrarás los lugares donde dijeron lo mismo o algo cercano. Deseo que en Cristo estés bien, y que te acuerdes de mí, Papa beatísimo.